

**Justo Steiner, bibliotecario. El libertario que enfrentaba al sectarismo.  
Aportes para una historia de los cuadros filodramáticos.**

**Carlos Fos**

**(Subdirector del Centro de Documentación del CBA, Teatro San Martín)**

Uno de los militantes libertarios más destacados de la zona sur de la provincia de Entre Ríos, fue Justo Steiner. De origen alemán, llegó adolescente junto a sus padres, radicándose en una chacra en las cercanías de Victoria. Se enroló en las filas del anarcosindicalismo, participando en las huelgas portuarias de 1923 y 1925. Autodidacta, su amor por los libros y la convicción de que solo la educación construía mejores personas lo llevaron a fundar tres bibliotecas. En ellas desplegó numerosas actividades de extensión cultural como talleres de arte y cuadros filodramáticos. Nos cuenta Steiner:

Al llegar al país, no conocía el idioma y me costaba mucho comunicarme. Mi padre era un anarquista activo, que luchó en Alemania contra la burguesía industrial. El me impulsó a crecer leyendo y desarrollando mi espíritu crítico. Y fue también ese aislamiento involuntario en el que viví sin comprender el castellano el momento en que me entregué en manos de Goethe y Schiller. Y con la ayuda de compañeros del movimiento empecé a descifrar el que sería mi nuevo lenguaje. Recuerdo que quise acercarme a la escuela racionalista de Rosario, pero las carencias económicas hicieron que tuviera que permanecer en la chacra para ayudar a la familia. A falta de un surtido de textos adecuados "La protesta" se convirtió en mi diccionario y manual. Cuando la traían al círculo de Concepción, mi cara cambiaba, porque sabía que nuevas palabras enriquecerían mi pobre vocabulario. Y mi primer libro fue "¿Qué es la propiedad" de Proudhon. Y un gallego trató de explicármelo. Toda una comedia de enredos. Pero así el castellano, claro que con acento, se incorporó a mi vida y ya pude aumentar el alcance de mis lecturas. Desde entonces, uní mis tareas en el gremio portuario con mi dedicación a crear bibliotecas. Y junto a ellas, talleres para que todos los obreros pudieran acercarse al arte con espíritu revolucionario humanista.

Las huelgas portuarias afianzaron la camaradería en el movimiento y permitieron el crecimiento de círculos en el litoral cercano. De esta forma aumentó la circulación de las ideas ácratas y en especial el nivel de concientización y capacidad de acción directa del movimiento. En 1924, se fundó la Biblioteca circulante "Eliseo Reclus", que repitió experiencias europeas similares, con gran suceso. Comenzó transitando el territorio de "La Forestal" con un carromato a cargo de Florencio Iñiguez y Rafael Molina, maestros españoles de inspiración ferrerista. Enrolados en la facción no purista del anarquismo local, el patrimonio original de la biblioteca se nutrió con clásicos de la literatura mundial y con escritos de Bakunin y Malatesta. Poco a poco, incorporaron la producción teatral de los cuadros filodramáticos que actuaban en los sindicatos y centros que visitaban. Justo Steiner se unió al proyecto unos meses después con el deseo de profundizar su accionar y extenderlo hasta Rosario.

Mi idea al sumarme a la biblioteca era aumentar drásticamente el número de ejemplares recurriendo a los que elaboraban con tanto empeño nuestros compañeros. Yo mismo había participado de algunas experiencias en tablados armados al calor de la lucha, intentando acercar al obrero los textos inmortales de Ibsen o las obritas que creábamos con amor y compromiso. Claro que, se me puede argüir, la cantidad no implica forzosamente calidad. Si bien algunos compañeros conocían el arte de escribir por haber participado en los talleres de las escuelas nuevas o por participar en los circuitos comerciales antes de convertirse al ideal. No seré yo quien rebata este criterio de supuesta falta de calidad en las obras, pero me gustaría que a la hora de juzgarlas no se olvidase algo tan obvio como que es difícil improvisar teatro.

Nos encontraríamos, pues, no tanto con obras acabadas como con primeras aproximaciones a un género y a una forma nueva de hacer teatro. Aproximaciones a cargo en muchos casos de autores noveles, que no pudieron gozar de la continuidad necesaria para poder consolidar su escritura. Y como intentos habría, en definitiva que juzgarlas. Hay que añadir a lo anterior, otro factor que creo que no ha sido suficientemente matizado a la hora de estudiar el teatro del período. Y es que no podemos olvidar que una parte de estas obras frustradas nacieron al calor del empuje revolucionario que los anarquistas promovieron en todos los terrenos durante los

conflictos obreros. Y libertarios fueron, igualmente, algunos de los autores que las escribieron. Plantea este hecho la necesidad de profundizar en la estética y en la teoría teatral anarquista. Profundización que, para el teatro argentino, está todavía lejos de haberse alcanzado, pese a aportaciones de algunos investigadores en los últimos años. Parece, con todo, evidente, que los anarquistas primaron sobre la perfección formal el valor propagandístico del arte (y del teatro), entendiendo, claro, la propaganda como no circunscrita al terreno de lo político, sino como difusión de concepciones alternativas a la ideología y cultura, a la visión del mundo en definitiva, imperante. Como resultado de este desequilibrio podemos acercar algunas conclusiones parciales.

Si nos preguntáramos ahora sobre el valor efectivo de la musa libertaria, la respuesta podría ser muy variada. Parece indudable que la mayor parte de la producción literaria y artística de los anarquistas no ha alcanzado una plenitud formal, en el sentido comúnmente aceptado por la crítica. No cabe duda que el estilo de muchas de aquellas obras resulta torpe y malogrado; pero es igualmente indudable que, a pesar de sus imperfecciones, esos poemas, esos dibujos, se animan con un cierto vigor original; un soplo de grandeza parece brotar de su generosa fe y entusiasmo revolucionario. Y en lo que se refiere a su efectividad como arma contra la tiranía, es posible que se encuentre en su propia existencia, en cuanto testimonio de la rebeldía humana contra la opresión y la injusticia.

Steiner logra su propósito de convertir a la biblioteca circulante en un recurso legitimado por el anarcosindicalismo de la región y su inserción en la vida cultural del movimiento es registrado por varios periódicos libertarios. Y en 1926, ya contaba con más de ciento veinte piezas y monólogos de diferente origen y estética, pero que, según el criterio de clasificación, resistían el apelativo de revolucionarias. Armando Ricci, colaborador de Steiner en este período nos narra:

Mi tarea era acercarme a los círculos y centros a buscar material de producción propia. Un paisano burgués de apellido Matori había instalado una fábrica de lácteos en San José. El queso trebolgiano – imitación del reggiano italiano – salía de esa empresa. Entre sus obreros surgió un

movimiento reivindicativo y crearon un círculo. Fui a hablar en una de sus reuniones. Bajé del tren y me indicaron que estaban congregados cerca del boliche en un galponcito. En mitad del camino, ya escuchaba los cánticos en piemontés que partían de ese lugar. El coro exclamaba: "Qui nel popolo noi siamo uniti / noi vogliamo la federezzione / non vogliamo piú, non vogliamo piú...". Los obreros habían declarado la huelga y uno de los que más se destacó de ese plantel de trabajadores fue Emilio Boroni, obrero rural que, años después, integró las brigadas internacionales en España e integró las filas de CNT. También Pedro Riutti, que tenía un pasado de actor profesional en Turín. El compuso un monólogo que llamó *Leche agria* y que recitó con declamación perfecta en más de una ocasión y que agregué con gusto a la "Eliseo Reclus". Porque debo decir por mi experiencia que don Justo era muy amplio y aceptaba obras que otros despreciaban, porque eran de corte cómico. El seguía el consejo de los dirigentes que en España no discriminaban el tenor de las piezas y no caía en la tontería de preferir dramas, porque la revolución debe ser acompañada por la alegría.

Steiner formó parte de la minoría que en el anarquismo argentino defendió a la comedia y al entretenimiento como canales de expresión del ideal. Inclusive creía que no podía existir una propuesta escénica ácrata que no incluyera las poéticas preferidas por el pueblo. Resulta evidente la inclinación de este sector libertario por aquellas expresiones que gozaban de una mayor aceptación entre el público popular, como el sainete y el melodrama. Mediante ambos conectaban más fácilmente con las expectativas de ese público. Permitía el primero, además, ganárselo mediante la risa y la comicidad, cumpliendo así uno de los objetivos del teatro: el entretenimiento que permite soportar mejor las penalidades de la vida, tal y como fue defendido incluso por los responsables de los Comités sindicales portuarios hasta 1930. Pero que ofrecía, a diferencia de otros géneros cómicos, la posibilidad de ver a representantes de las capas populares convertidos en protagonistas de la acción; reflejadas costumbres propias (frente al universo burgués hegemónico en las obras de teatro español de primer tercio de siglo) e, incluso, esbozadas críticas a esas mismas costumbres que, en más de un caso, apuntaban en la misma dirección regeneracionista de los usos sociales que tan grata era a la ideología anarquista. Junto al sainete, el melodrama atrajo la atención de los ideólogos del movimiento libertario dialoguistas. Nada tiene esto de particular: al fin y al cabo, si *El judío errante* de Eugène Sue fue una de las obras narrativas preferidas por los anarquistas menos combativos, no olvidemos que existió

una versión teatral de dicha obra, y que gozó, también, de gran aceptación el siglo pasado.

De esta manera, cuando los escritores afines a esta facción del movimiento traten de escribir un teatro revolucionario, recurrirán a estos dos modelos. Es inútil, en consecuencia, tratar de encontrar en la inmensa mayoría de estas obras una estética de renovación, o de ruptura, pero no tanto por la incapacidad (o inexperiencia) de los autores, que sí que la hubo y mucha, como por su desinterés hacia otro tipo de propuestas. Desinterés no teorizado explícitamente, pero manifestado en la práctica por la insistencia en recurrir a los modelos antedichos a la hora de componer un teatro que, en sus intenciones y en la búsqueda de un público muy determinado, era inequívocamente revolucionario.

La biblioteca circulante fue destruida por un grupo policial cuando se encontraba en las afueras de Victoria. Steiner y dos de sus colaboradores fueron detenidos varios días bajo falsos cargos.

Estábamos presos en una celda común en la que escasamente entraban diez hombres y superábamos los veinte. A pesar de los golpes y penurias que sufrimos, mi mente no podía apartarse de la suerte que podía haber corrido la biblioteca. Cada vez que preguntaba por ella, recibía un rebencazo o una risotada. Mis peores sospechas fueron ciertas y el trabajo de dos años se perdió. Pero no podía caerme. Miles de compañeros en el mundo padecían una suerte mucho más trágica que la mía. Tenía que seguir dando testimonios, sobre todo, al enterarme de que las conquistas obtenidas por las huelgas eran burladas por la patronal con la complicidad del gobierno. Así que, sin otro material que dos libros, mis manos y mi conciencia, me lancé a la empresa de fundar otra biblioteca. Ya no pensaba en un proyecto itinerante, pues creí que la misión de éste estaba agotado por las circunstancias externas que delineaban una represión cada vez más encarnizada.

En 1927, Steiner junto al círculo "Revolución" fundarán la biblioteca "Luz del saber" en los suburbios de Diamante. Contaba con cuatrocientos volúmenes, de los cuales más de ciento cincuenta eran textos teatrales. Pero su empeño lo llevó a completar la tarea de la biblioteca con talleres que el denominaba de "aprendizaje revolucionario". Los mismos incluyeron, en sus inicios, un ciclo de charlas de formación

doctrinaria y un curso de redacción. A los pocos meses se sumaron carpintería y un cuadro filodramático especializado en monólogos de producción propia. En diciembre de 1927, estrenaron dos piezas que destacaban didácticamente los valores morales de Sacco y Vanzetti. El periódico ácrata "El hombre libre" dedicó un pequeño espacio a la crítica de la velada:

Hemos asistido a la presentación del cuadro filodramático del círculo "Revolución" y nos deleitamos con dos obritas. Una de ellas, llamada "Palabras al viento", nos introdujo en la vida de Juan. Se trataba de un obrero tipógrafo que entrega su vida en un juicio injusto condenado por las fuerzas de burguesía que controlaban al gobierno y a la justicia. Si bien esquemática, podemos encontrar en el texto un paralelismo con la suerte de nuestros compañeros mártires de Estados Unidos. Más notable el esfuerzo de este grupo de militantes por su escaso número y formación. Creemos conveniente cerrar nuestro comentario con una elogiosa mención a Justo Steiner, fundador de la biblioteca del círculo y animador de las actividades culturales que allí se hacen.

En 1928, el círculo consigue una vieja imprenta traída de Rosario y que luego de un mantenimiento adecuado les permite a sus integrantes publicar boletines y materiales diversos. Steiner comienza además una campaña para conseguir libros que le permite reunir más de quinientos en sólo cuatro meses. En el segundo boletín publicado en junio de 1928 se afirma:

Gracias a la generosidad de los trabajadores libertarios hemos incorporado obras de gran valor literario que nos permitirá cumplir con mayor eficacia nuestra magna tarea de sembrar luz. Queremos señalar que ya contamos con traducciones al castellano de Tolstoi y de Zola. Los esperamos a todos en la próxima reunión en la que además de los discursos y debates se leerá poesía y don Justo hará un repaso rápido sobre los libros que fueron donados.

La biblioteca contaba con diferentes canales de difusión para sus actividades. Una de las que daba mayores resultados era el circuito de las viadas, a cargo de los crotos anarquistas. Pero la labor de Steiner, al lograr cierta popularidad, comenzó a ser

vista como peligrosa por los sectores de la oligarquía local. En noviembre de 1928, todos los miembros del círculo fueron detenidos y tres de ellos de origen italiano expulsados del país en cumplimiento de la ley de residencia.

Era mi tercera experiencia en la cárcel de la ignominia burguesa. No temía esta vez por la biblioteca, porque alertados, pudimos esconder los libros en el taller de un compañero. Los primeros días fueron tediosos y sólo alguna paliza interrumpía la rutina. Allí conocí al sargento Miguez. Le decían el sargento "Sapo", porque era petiso y barrigón, y con cara de batracio. Eso lo indignaba mucho. El apodo, sin embargo, era un apodo popular pues era un policía terrorista de "La Forestal", apaleador de obreros. Le gustaba llevar detenidos a los militantes y, en la cárcel, les mostraba un sapo y preguntaba: "¿Qué animalito es éste?". Después de haber visto varios apaleamientos contra aquellos que respondían la verdad, los presos le contestaban: "Es un gorrioncito, mi sargento". Su imagen no me producía rencor ni asco, lo veía como un estereotipo de la represión y quise dibujarlo para no olvidar los detalles. Mi idea era utilizarlo como personaje en alguna obra que permitiera mostrarlo como un simple lacayo y no como un guerrero que inspirara miedo. Recuerdo que me aquerencé un papel arrugado y sucio de una tortilla que le trajeron a un compañero de celda y empecé a trazar sus rasgos. Hoy después de tantos años recuerdo el movimiento de su barriga y me asalta la risa. Sin dudas era un personaje de una crueldad casi absurda y así me proponía mostrarlo. En esos días mi interlocutor más animoso fue el croto Liborio Enriquez. No integraba formalmente el círculo, pero nos acompañaba ocasionalmente en los actos y en sus errantes travesías reunía libros y periódicos que luego nos donaba. Por los caminos andaba Liborio con el "mono" al hombro y un palo largo que solía usar para espantar a los perros. La milcada le había confiscado su lata especial para hacer el mate cocido y que al colgar de su cinturón le daba una apariencia singular. Era un experto en el arte de colgarse de los trenes y perderse en la niebla del vapor de la máquina, escapando en muchas ocasiones de la persecución de los policías. Su ruta no era fija, pero el clima solía marcarla. En los meses de mucho frío, partía al norte y nos comunicaba con la selva misionera. Recuerdo que así nos puso en contacto con un círculo que había sido fundado en el sur del Brasil, cerca de la frontera. Nos carteamos tres años con ellos, gracias a los oficios de nuestro croto y libre amigo. Así conocí de las miserias de nuestros hermanos y de la originalidad de su credo, pues de purismo, cero. Habían hecho una extraña combinación del ideal con conceptos que provenían del socialismo materialista y aún de tradiciones populista. Pero sin dudas lo que más me interesó era su concepción de una lucha con alegría, a pesar de las horribles penurias a las que eran expuestos por los capangas de la zona. La música para ellos era vital y los comentarios sobre sus fiestas y

celebraciones aún durante las huelgas afirmaron mi criterio de abandonar la solemnidad como sinónimo de seriedad revolucionaria. Ellos que nada tenían y que apenas sabían leer y escribir eran un ejemplo de solidez en la resistencia y de ejemplo para algunos cerrados integrantes de nuestro movimiento.

Al recobrar su libertad, Steiner decidió mudarse a Rosario e integró diversos centros de la ciudad vinculados al gremio portuario. Nunca cejó en su empeño de fundar una nueva biblioteca ya que aún contaba con los libros de su anterior proyecto. Las dificultades por las que atravesaba el anarcosindicalismo acorralado por las fuerzas patronales pospusieron cualquier iniciativa. En julio de 1929, con un país en efervescencia política ante la inminente crisis mundial del capitalismo y la inacción del yrigoyenismo, Steiner inauguró la biblioteca "Ríos de verdad", en un precario galpón donado por los hermanos Sáenz, obreros tipógrafos de origen español. Una colecta que habían realizado los meses previos, le permitió a don Justo conseguir doscientos títulos más de cierto eclecticismo poético. En esta oportunidad primaban las obras de escritores clásicos ingleses e italianos y colecciones de periódicos libertarios de Buenos Aires.

La inauguración formal tuvo lugar el 15 de julio de 1929 y las palabras de ocasión fueron seguidas de un monólogo de ribetes melodramáticos titulado (según consta en el libelo de propaganda) "Tormenta de huelgas". Ignacio Pratman, joven militante del gremio panadero recuerda ese suceso.

Las cosas se habían puesto difíciles para nosotros. Los gremios estaban intervenidos por burócratas designados por el gobierno en componendas con los sindicalistas entreguistas. Muchos compañeros sufrían la privación de su libertad y la angustia crecía al desconocer su paradero. Algunos hacheros habían sido colgados cerca de las picadas en el monte. Tratábamos de coordinar esfuerzos para mantener la unidad y en especial para que los recién llegados a la lucha y que carecían de instrucción no fueran ganados por el desánimo. Todo esto pinta la situación y enaltece aún más la decisión de don Justo de fundar una biblioteca y crear un taller de redacción. Cuando el sufrimiento y la represión crecían, cuando la desesperanza aumentaba, don Justo creyó que era momento para leer. Y lo creía porque nos inculcaba con paciencia de docente que sólo con nuestro

espíritu enriquecido por el saber y el arte podríamos encarar el combate. Para él no había arma que se asemejase a la pluma de Tólstoi o a un poema de un libertario anónimo. Yo participé activamente en la recolección de libros y en el taller. Desde niño había escrito con mis limitaciones y quería hacerlo mejor. Don Justo consiguió un maestro con experiencia en las escuelas racionalistas y gracias a sus enseñanzas terminé una obrita que había empezado dos años antes. Teníamos la intención de crear un cuadro filodramático, pero no tuvimos el número suficientes de adeptos a la idea. Pero aún dependiendo de la ayuda de otros centros logramos interpretar en la biblioteca varias obras en beneficio de los familiares de los presos políticos. Las funciones eran los sábados a la noche. Esas obras eran de contenido social (el preso no se doblegaba, era torturado y prefería morir antes que delatar). Mi primo se encargaba de organizar a ese conjunto heterogéneo conformado para el acto y hacía de apuntador detrás de los cajones. Los que actuaban eran albañiles, panaderos, portuarios, un carpintero que ayudaba en los tablados y mi tía que era planchadora. Pero antes de empezar la obra de teatro, alguien tocaba el piano y otro cantaba "Hijos del pueblo". También se leían versos sueltos y fragmentos de novelas y cuentos. En esa biblioteca leí el "Yo acuso" de Zola y *La madre* de Gorki. Steiner sólo protestaba porque no podíamos conseguir una imprenta que nos hubiera permitido aumentar el patrimonio con producción propia. Pero salvo estas protestas al viento, siempre lo encontrábamos con una sonrisa y el abrazo protector. Yo lo imaginaba mayor cuando sólo tenía doce años más. Pero su figura se agigantaba, nunca cansado, siempre alentando aún en la cárcel. Y tenía una linda voz que usó en varias obritas y en monólogos, especialmente en uno en el que parodiaba a un burgués italiano que abusaba de los obreros. Nos divertía mucho dándonos respiro en la tensión continua en que vivíamos. Claro que no era el entretenimiento vacío de los burdeles del centro. Siempre agregaba frases de Malatesta que adaptaba al ritmo de comedia para que, aún riéndonos, los conocimientos teóricos se afianzaran. Una vez cayó el cabo Gómez de la policía provincial, sobrino de uno de los viejos militantes socialistas de Casilda. Venía para la requisita pero se quedó a la función y no paraba de reír. Satisfecho felicitó a don Justo y volvió a la comisaría como había llegado.

A pesar de las persecuciones, Steiner había planificado crear una extensión de la biblioteca en el paraje de "Los sauces". Se trataba de una estancia recientemente loteada en la que los peones se habían organizado gremialmente de la mano de un socialista independiente. Sus esfuerzos se coronaron con la creación de la biblioteca "Mártires del pueblo" que comenzó su actividad con muy pocos volúmenes y con el deseo de reunir partituras de tangos y canciones camperas de tinte social.

Cipriano Vera, uno de los peones encargados del ganado, nos cuenta:



Yo trabajaba tranquilo hasta que pusieron un apeadero cerca de la estancia. Te diré que muchos apeaderos se construyeron porque la oligarquía necesitó cargar hacienda. Se chuceaba por los bretes al animal y se lo hacía subir al vagón-jaula. Correr en un tren de hacienda era negocio. El capataz de la estancia iba con el tren de veinte jaulas y les daba propinas al maquinista y al foguista para que condujeran con rapidez y de esa forma evitar un mayor adelgazamiento de los vacunos. A animal gordo, mejores precios en el mercado. Además, había que contemplar la sed de las bestias durante las soleadas: se pasaba despacio el tren por debajo de la manguera que llenaba el tender de la locomotora y se arrojaba agua fresca sobre el ganado caliente. Los capataces chuceaban a los animales caídos dentro de la jaula obligándolos a levantarse para que no fueran pisoteados por las otras bestias. Pues bien, te diré que así nació la picana eléctrica que utilizó la oligarquía para torturar a los trabajadores presos. La picana de chucear vacas tenía dos grandes pilas que descargaban energía en el fierro que picaba al vacuno. Al poco tiempo, el invento se usó contra el hombre. Muchos seres humanos murieron picaneados por la reacción, amarrados en camastros de hierro. A medida que fui creciendo en la estancia mis tareas cambiaron, pero nunca pude ser encargado ya que decían que protestaba mucho y me reunía con la chusma socialista. Hasta que llegó don Justo había participado aisladamente en las huelgas sin fijarme su origen. Poco conocía de las bondades del anarcosindicalismo, pues, si bien sabía leer y escribir, no había tenido la oportunidad de crecer en mis conocimientos. La biblioteca era pequeña, pero la recibí como una bendición. Con la ayuda de un par de compañeros me animé a leer a Gorki, de quien no tenía ni noticias de su existencia literaria. Empecé con sus cuentos, pero me fascinó *Los bajos fondos*. Salvo un circo, nunca había visto una obra de teatro y terminé de hechizarme la representación que hizo un cuadro filodramático que vino de Rosario. Hicieron *Los derechos de la salud* de Sánchez y aunque los actores improvisados eran cocineros, hacheros y portuarios me sacaron lágrimas y supe que iba a representar yo mismo a esos grandes autores. Pero no deseaba ser un instrumento de entretenimiento de la burguesía, sólo quería servir al movimiento. Tardes me pasaba aprendiéndome los parlamentos y recitándolos delante del ganado. Mis compañeros se reían, pero respetaban mi voluntad y empeño. Ya había memorizado cerca de seis piezas cuando me llegó la oportunidad de ingresar al círculo "Combatientes" de Rosario y a su compañía amateur. Allí pude participar de dos obras de producción local y en la tragedia de Sánchez, *Barranca abajo*. Nunca olvidaré, entonces, a don Justo que me enseñó los primeros pasos de un camino de enriquecimiento personal a través de la lectura. Por eso mi tristeza cuando una noche se llevaron todos los libros varios milicos y los quemaron frente a mis ojos. Me sostuvo la mirada cálida de Steiner y la fuerza de Marcos Cramerl un militante formado en la lucha con los gremialistas reformistas. Fue uno de los últimos

actos ordenados por La Forestal que estaba abandonando la zona ya talada. Recuerdo que corrí y alcancé a ver a los hermanos Suárez y a don Guillermo, los miembros de nuestra banda, que salieron presurosos y alcanzaron a entonar con gran valentía "La internacional". Esa banda no ejecutaba marsellesas, ni marchas solemnes, ni generaba coros magníficos. Cantaban en gringo y guaraní y tocaban polcas que con letras cambiadas eran excelentes vehículos para la conspiración. Así fue surgiendo un nuevo espíritu. Fue importante y se unió a otras bandas de Rosario y los suburbios. Su música nació en las picadas y en las calles, en los rumores de los obrajes y ganó aliento en algún grito en las aglomeraciones. Bajo el manto de estas bandas musicales se constituyeron verdaderas logias secretas. Fue el fondo musical que acompañó a la demanda de "comercio libre" para no depender de "La Forestal" en la adquisición de alimentos, en la exigencia de jornada de ocho horas y en el reconocimiento de una organización sindical. Esta banda, símbolo de las derrotas y las victorias, fue un digno representante del movimiento para repudiar la postrera represión.

Después de este último acto de barbarie represiva, Steiner ya no pudo extender su obra fuera de las puertas del círculo de Rosario. Se dedicó durante tres años a reunir material proveniente de diferentes centros anarquistas de la zona, que debían cerrar o eran clausurados luego del golpe de Uriburu. En 1932, logró una donación muy importante que provenía de la escuela nueva "Revuelta" de Montevideo.

Fueron años de gran incertidumbre. La dictadura no nos dejaba margen para actuar y debíamos extremar la imaginación para impedir que eliminaran la biblioteca. Con un amigo, José Martiles, habíamos planeado la evacuación de los libros y revistas en caso de inminente ataque de la milicada. Cuando las esperanzas se agotaban llegó a nuestro local (que había cambiado su fisonomía externa por consejo de un político demócrata progresista hermano de un militante libertario) un compañero uruguayo maestro de la efímera escuela "Revuelta" de Montevideo. El objetivo de la visita era ver nuestras instalaciones y la idoneidad de mi persona para efectivizar la donación de más de mil quinientos volúmenes que provenían de los anaqueles del malogrado colegio. Mi ánimo cambió de inmediato y lo que era hasta entonces agonía se transformó nuevamente en entusiasmo. Nuestra biblioteca perdió cerca de cien obras de teatro y literatura en general por las requisas a los domicilios de los socios. Contar con tal cantidad y calidad de textos y en forma sorpresiva templó mi espíritu. Claro que no era fácil, ya que el maestro había recorrido Rosario y varias instituciones revolucionarias y populares deseaban la donación. Debía obrar con rapidez. Llamé a los hermanos Jiménez que habían formado parte de

nuestro disuelto cuadro filodramático y ahora sobrevivían en elencos marginales en los teatros comerciales. Necesita una función urgente para convencer al visitante que los talleres aún funcionaban. Pero lo debía hacer con la suficiente cautela para impedir que la policía estuviera avisada y terminaríamos otra vez visitando las mazmorras. En un par de días y gracias a la generosidad de muchos amigos logramos reunir un "grupo de repertorio" de veinte personas dispuestas a protagonizar *Moneda falsa* de Sánchez. La adaptación del texto a las posibilidades de escenario, vestuario y a la escasa memoria de los artistas no me dejó del todo orgulloso pero salimos al ruedo y ese sábado de septiembre la biblioteca volvió a brillar. Sólo tuve que interrumpir un monólogo cómico que Juancho Jiménez hacía como rutina porque era más digno de los prostíbulos que de un centro cultural que seguía los preceptos del ideal. El agasajado oriental disfrutó del espectáculo y leyó varias de nuestras publicaciones que en forma de boletín hicimos hasta 1930. El domingo, antes de partir, se comprometió a darnos la mitad del patrimonio literario que con tanto cuidado resguardaba de manos indignas. Pasaron dos meses y el primer cargamento llegó por puerto disimulado en cajas de duraznos. Fueron doscientos quince gloriosos libros que luego de catalogar en forma casera comenzaron a circular. El envío incluyó los temas del payador libertario Ordóñez que fueron utilizados por algunos cantores locales. El resto del material nunca llegó y desconocemos después de tantos años los motivos. Presumimos que fue encontrado por la prefectura o nunca pudo salir de Montevideo. Pero este inconveniente no nos detuvo. Desarrollamos durante dos años talleres de escritura y de difusión de la lectura y nos ingeniamos para convertir un fondo de cien títulos en itinerante y lo llevábamos a los sindicatos que aún no estaban intervenidos. Algunos compañeros aprendieron a leer y escribir gracias a González Pacheco o Kant. Tomábamos las frases que se insertaban en los discursos y con ellos descubrían las maravillas detrás de esos signos hasta entonces extraños.

En 1936, Steiner partió a España para luchar en la guerra civil como parte de los comandos internacionales. Su biblioteca no sobrevivió a su partida y cerró rápidamente sus puertas, luego de fecundos años de trabajo. Como despedido don Justo escribió una nota que mimeografiada fue distribuida por la ciudad y el área de influencia.

Ya me he referido en muchas ocasiones a la tarea que debe desempeñar una biblioteca que se precie de libertaria. Debe ser una fuente de educación social que desemboque en la ayuda y en la solidaridad popular. La cooperación entre sus miembros debe reforzar el espíritu de la comunidad y ésta alimentar al movimiento. No debe caerse en purismos sectarios que

limiten el alcance de este instrumento de luz. Es necesario que el obrero salte la zanja infranqueable que la burguesía ha puesto entre los libros de la verdad y su intelecto. Y para ello los compañeros educados y concientizados deben servir como sutiles lazarillos. Pero tienen que evitar convertirse en fuente de sabiduría supuesta y en autoridad a la que nadie puede cuestionar. Todo lo contrario. Serán los que impartan talleres los más humildes, que sepan enriquecerse del conocimiento empírico y del emergente. Cada biblioteca tiene la obligación moral de aumentar su oferta con servicios puerta a puerta, nunca despreciando al compañero ofreciendo material de baja calidad. Serán los clásicos y las obras de Malatesta y Bakunin las que eduquen. Y las mentes vírgenes pero ávidas recibirán estos textos con la alegría del crecimiento. Con su espíritu libre la oligarquía ya no tendrá cadenas suficientes para apresarlos. Y planteada como un círculo cultural el teatro y la música tendrán su espacio. Los cuadros filodramáticos deben florecer como un instrumento válido para enriquecer las almas y también para refrescarlas al calor del entretenimiento de nivel, sin caer en chapucerías baratas. No teman representar obras que lleven una sonrisa a los compañeros en lucha o desgracia, si la misma sirva para darle un empujón a su ánimo. He dedicado muchos años de mi vida a esta noble empresa y los libros han sido mis interlocutores en muchas ocasiones. En ellos encontré no sólo respuestas sino preguntas que estimularon mi ingenio. No pretendo legarles en esta carta un puñado de recetas indiscutibles. Sólo deseo compartir experiencias y que los que tomen la posta lo hagan con la misma ingenuidad de niño que tuve en mis comienzos. La reacción se ha organizado y nos persigue en todo el mundo. El capitalismo feroz muda pero teme la organización de los trabajadores. Y sin dudas teme más a un maestro del ideal que a un soldado. Pueden repeler nuestras balas o poseer cañones y armas de gran calidad pero nada se asemeja a la voluntad de un anarquista esclarecido. Cuando se conoce el camino no hay fuerza, por temeraria que fuera, capaz de torcer al que lo transita. Por eso quemamos nuestros periódicos, nuestros círculos y nuestras bibliotecas. Por eso persiguen a nuestros escritores y no dan descanso a los intelectuales del movimiento. Debo abandonar Rosario para continuar el combate en los campos de España. Ustedes serán los testigos del triunfo de las ideas contra la barbarie del que usurpa, del que destruye y abusa del que nada tiene. Mi única fortuna son los cientos de libros que dejo a vuestro cuidado. No los escondan, no teman que la reacción los incaute. Distribúyanlos, incrementen su número. Consigan una imprenta y publiquen, siempre publiquen. Son la conciencia de esta sociedad, los motores de la revolución. Sosténganse uno en el otro y que el rencor o el desánimo no les ganen la partida. Alimenten el hambre de saber del pueblo y con ello estarán escribiendo una de las páginas más destacadas de la historia, hasta que ya no haya ni amos, ni dioses ni patronos”.

Steiner combatió en el frente del Ebro y sufrió heridas que lo postraron durante meses. Pudo escapar a Francia antes del triunfo final del franquismo y desde allí retornó al país. Alejado de la conducción local del movimiento libertario continuó apoyando causas populares y colaboró con la creación de varias bibliotecas en centros de educación popular y sociedades de fomento.

[carlos\\_fos@yahoo.com.ar](mailto:carlos_fos@yahoo.com.ar)

**Abstract:**

The author analyzes the figure of Justo Steiner, an anarchist and librarian who dwelled in Argentina during the first decades of the XXth Century, where he developed a very important political and cultural role. Since he thought that **only education makes men free**, he founded three libraries, whose activities included art workshops and *philodramatic* groups.

**Palabra clave:** anarquismo-grupos filodramáticos- Justo Steiner

**Key words:** Anarchism- *philodramatic* groups- Justo Steiner -